

Americanismo y civilización en Antonio Gramsci

Por *Diana Alejandra MÉNDEZ ROJAS**

*Que lo tuyo vale un mundo
vale más un eructo de tu párroco
que América y su jactancia:
detrás del último italiano
hay cien siglos de historia.*

Mino Maccari, Trastullo di Strapaese¹

ENTRE LAS MÚLTIPLES NACIONALIDADES que han dado forma a Estados Unidos, quizá la única que ha trascendido de manera continua en la cultura de masas es la italiana. Esto es evidente a través de la imagen reiterada de las “familias italianas” que subvierten criminalmente a la cultura del “respeto a la ley” estadounidense y, al mismo tiempo, refuerzan el orden social mediante su accionar como gánsteres, rompehuelgas y sindicalistas corruptos. Posiblemente esta peculiar relación entre la cultura italiana —mediterránea, barroca, abigarrada— y la estadounidense, haya sido la que despertara en Antonio Gramsci el interés por el americanismo.

Durante la turbulenta década de los treinta, Gramsci (1891-1937), reconocido teórico marxista, observó desde Europa la emergencia de Estados Unidos como una futura potencia dominante. Las cavilaciones del sardo cobran relevancia al observar que un rasgo general del pensamiento marxista —de finales del siglo XIX y principios del XX— fue su mirada distante, o franca apatía, a propósito de la que llegaría a ser la potencia capitalista más importante del siglo XX a partir de la segunda posguerra. Entre aquellas contribuciones que atisbaron la preeminencia de Estados Unidos destacan los escritos de Karl Marx respecto al esclavismo

* Doctoranda en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Ciudad de México; adherente de la Asociación Gramsci México; e-mail: <diana-m-@live.com.mx>.

Este trabajo fue realizado en el marco del Seminario “América Latina y el enfoque civilizacional”, proyecto de investigación PAPIIT IN403820.

¹ *Trastullo di Strapaese* del escritor y pintor Mino Maccari, citado en Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (1975), edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de Valentino Gerratana, Ana María Palos, trad., México, Era/BUAP, 2002, tomo 6, p. 76.

y la Guerra Civil y las notas de Vladimir Lenin en su opúsculo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En distinto sentido, sobresale el fulgurante paso por Nueva York de León Trotski.²

Es probable que la inclinación de Gramsci por pensar el americanismo abrevara en los escritos de los revolucionarios rusos. Lenin se ocupó de forma particular por el método taylorista, mientras que Trotski imaginó una revolución en Norteamérica más tersa que la soviética; considerando el papel de la técnica afirmó entonces: “vuestro aparato técnico y vuestra riqueza será la mayor ventaja de vuestra futura revolución comunista”.³ Al considerar estos antecedentes, cobra solidez la conjetura sobre la lectura hecha por Gramsci de los apuntes de ambos dirigentes. Tanto Lenin como Trotski expresaron el síntoma del movimiento comunista: la época de guerras y revoluciones se disputaba principalmente en Europa, no obstante, no se podía obviar la presencia de la nueva economía americana.

A las líneas de reflexión marxista sobre el americanismo, Gramsci agregó la clave civilizatoria. Antes de ahondar en sus proposiciones es pertinente señalar que a lo largo de toda su obra existió una preocupación constante por el tema de la civilización. Al seguir la más famosa antología de la obra de Gramsci, realizada por Manuel Sacristán, es posible identificar el uso de lo civilizatorio por el entonces joven italiano en el año de 1910 dentro de sus actividades en el Liceo de Cerdeña, una escuela de nivel medio superior. En este escrito, señalado por el antologador como un ejercicio escolar bajo el título “Oprimidos y opresores”, es notorio el uso crítico que hace de la noción, tal como lo muestra este fragmento: “las guerras se hacen por el comercio, no por la civilización: los ingleses han bombardeado no sé cuántas ciudades de la China porque los chinos no querían su opio ¡vaya civilización!”.⁴ Si bien este pasaje no constituye un análisis extenso por parte del sardo, es una clara muestra de su decisión por pronunciarse en los términos

² *Guerra y emancipación: Lincoln y Marx*, sel. y pról. de Andrés de Francisco, introd. de Robin Blackburn, Madrid, Capitán Swing, 2013; Vladimir Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo* (1917), Madrid, FIM, 1997; León Trotski, “Si Norteamérica se hiciera comunista” (1935), *La Izquierda Diario* (Movimiento de los Trabajadores Socialistas), 20-VIII-2017.

³ Trotski, “Si Norteamérica se hiciera comunista” [n. 2].

⁴ Antonio Gramsci, *Antología*, sel., trad. y notas de Manuel Sacristán, Madrid, Akal, 2013, p. 17.

de lo civilizatorio a la vez que un reflejo del tono de la época en que la palabra *civilización* afluó. Otro extracto de la producción juvenil del que después sería el marxista más connotado de la Italia de entreguerras afirma lo siguiente: “muchos dicen que el hombre ha conquistado ya todo lo que debía conseguir en la libertad y en la civilización, y que ahora no le queda más que gozar del fruto de sus luchas. Yo creo, en cambio, que hay mucho por hacer: los hombres están sólo barnizados de civilización, y en cuanto se les rasca aparece inmediatamente la piel del lobo”.⁵

La faceta de Gramsci más conocida por la cultura occidental es la del dirigente comunista y teórico de la cultura, quien utilizó de formas muy diversas la acepción de civilización después de la Primera Guerra Mundial. En escritos de polémica política nombró a la civilización con distintos apellidos, por ejemplo: “civilización capitalista”, “civilización burguesa”, “civilización de tipo occidental”, “civilización proletaria”, “civilización italiana”, “civilización medieval”, “civilización contemporánea” y “civilización literaria”.⁶ Tales expresiones son indicio de la plasticidad con la que el término *civilización* surgió en la década de 1920. Lo anterior no es casual si consideramos que fue el periodo en que aparecieron obras como *La decadencia de Occidente* (1918) de Oswald Spengler o el libro de Arnold Toynbee, *La cuestión occidental en Grecia y Turquía: un estudio sobre el contacto de las civilizaciones* (1922). Esto no quiere decir que Gramsci necesariamente haya retomado dichas lecturas, es más bien indicativo de que sus ideas formaron parte del clima cultural de su tiempo.

Las notas contenidas en el Cuaderno 22,⁷ redactadas durante 1934 en el presidio,⁸ constituyen el núcleo fundamental de su reflexión respecto a la civilización. Compuesto por dieciséis párrafos, el Cuaderno expone numerosos temas que van desde el control de la vida privada de los trabajadores por parte de Frederick W. Taylor y las prácticas del fordismo hasta el intento por desentrañar el significado de la prohibición del alcohol en Estados Unidos, vigente entre 1920 y 1933. Como en el resto de los escritos

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*

⁷ Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 1].

⁸ Gramsci fue detenido en 1926 y permaneció en la cárcel hasta 1937, año en que, ya liberado, murió.

de Gramsci, cuya elaboración tuvo lugar en las condiciones más difíciles de su encarcelamiento, las citas de otros autores fueron incorporadas de memoria y su escritura se mantuvo en el proceso de trabajo sin llegar a una revisión última destinada a la publicación.

Ante este panorama, podemos interrogar al Cuaderno en cuestión e imaginar posibles derroteros para la investigación en clave civilizatoria. La pregunta asalta, ¿es el americanismo una nueva forma civilizatoria o es sólo la continuación acelerada y excéntrica de la civilización europea dominante? Gramsci cita al escritor Luigi Pirandello: “el americanismo nos inunda. Creo que un nuevo faro de civilización se ha encendido allí”.⁹ Se abre un nuevo interrogante, ¿tiene América una cultura? Para Gramsci, el americanismo es el esbozo o la posibilidad de una nueva cultura. De esta forma es evidente que la definición de civilización que opera en la reflexión de Gramsci es la de un progreso de los hábitos en constante renovación. Desde su punto de vista, el control de los instintos y la recreación de una “segunda naturaleza”, cada vez más técnica, son los elementos visibles de este proceso. Considera como equivalentes civilización y “nueva cultura”, se trata entonces de una noción de civilización cuyas prácticas y actitudes son imaginadas en un destino novedoso, lejos de la tradición europea, que incorpora “un modo de vivir, de pensar y de sentir la vida”.¹⁰ Así, para el americanismo, retomando al periodista Eugenio Giovanetti, “el héroe de la civilización técnica no es un desencadenado, es un silencioso que sabe llevar por los cielos su férrea cadena”.¹¹

Para el italiano la pregunta sobre el americanismo como una nueva civilización parece responderse en lo inmediato por la negativa: América no es una nueva civilización o una nueva “época histórica”, “se trata de una prolongación orgánica y de una intensificación de la civilización europea, que sólo ha asumido una nueva epidermis en el clima americano”.¹² De tal forma, prevalece una noción de Occidente como unidad cultural que engloba a Europa y Estados Unidos. Ahora bien, el desarrollo de los argumentos de Gramsci otorga matices a su planteamiento general, pues existen

⁹ Citado en Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* [n. 1], p. 92.

¹⁰ *Ibid.*, p. 81.

¹¹ Citado en *ibid.*, p. 71.

¹² *Ibid.*, p. 94.

líneas rectoras que permiten analizar sus ideas desde el enfoque civilizacional.

Para Gramsci, el punto de enlace de esta apreciación es su refiguración del nacimiento de un nuevo tipo de trabajador, un nuevo tipo humano,¹³ amoldado a la naciente economía y a su novedosa forma de organización. Se trata de la decantación de un proceso de industrialización que tomó ritmo a partir de la época de guerras y revoluciones iniciada en 1914 y adquirió un nuevo brío después del *crack* del 29, conocido también como la Gran Depresión. Según el autor, a cada advenimiento de nuevos tipos de civilización, o en el curso de su proceso de desarrollo, se han producido crisis;¹⁴ la de 1929 se distingue de otras al afectar a todas las clases sociales. Para el sardo la proyección de una nueva “época histórica” está atada a la posibilidad de una nueva hegemonía. En el caso que nos ocupa, la nueva hegemonía emerge de la fábrica y el americanismo constituye el ensayo más radical de esta posibilidad. Sirva apuntar que para Gramsci la hegemonía es la conformación de un nuevo horizonte de sentido dominante.

En estado embrionario, como posibilidad local más que como realidad global, Gramsci observa cuatro elementos definitorios. El primero, y más evidente, sugiere una nueva cultura que nace de la fábrica y no puede eludir las formas modernas de producción y de trabajo que el americanismo instala. Ahí, entre las paredes de la fábrica, nace una nueva concepción de la economía, una distinta forma de organizar la producción y una renovada subjetividad. Desde la perspectiva de Gramsci, el americanismo parece estar triunfando —al menos hasta 1929— en su intento por neutralizar cualquier forma de organización sindical y por elevar el nivel de vida de las clases trabajadoras mediante los “altos salarios tayloristas”. Gramsci enfatiza el nacimiento de un nuevo trabajador, signado por actitudes maquinizadas, en la que los instintos sexuales se encuentran plenamente contenidos: “no puede desarrollarse el nuevo tipo de hombre exigido por la racionalización de la producción y del trabajo, mientras el instinto sexual no haya sido regulado, consecuentemente, no haya sido también él racionalizado”.¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 67.

¹⁴ *Ibid.*, p. 79.

¹⁵ *Ibid.*, p. 70.

El segundo elemento remite al estatuto histórico de América con respecto a Europa. Gramsci identifica una atmósfera propicia, o la voluntad decidida de crearla, para la formulación de una nueva civilización, pues el americanismo no tiene que lidiar con lastres del pasado y emerge en un contexto único e idóneo. Se trata de una diferencia radical frente al viejo continente en donde existen “sedimentaciones viscosamente parasitarias”,¹⁶ es decir, segmentos de las clases entregadas al mundo no productivo, como el personal estatal, los intelectuales, el clero, los comerciantes y el ejército profesional y de leva.¹⁷ Para América esto no es un problema puesto que no tiene “grandes tradiciones históricas y culturales”¹⁸ ni fuerza de arrastre de otros regímenes de trabajo, por ejemplo, del tránsito del trabajo artesanal al fabril. Mientras el capital en Europa se desarrolló primigeniamente mediante la llamada subsunción formal del proceso de trabajo —es decir, la reorganización de las formas de trabajo ya existentes, que sólo posteriormente abrió paso a su modificación técnica—, el americanismo se desarrolló exclusivamente en este segundo momento, esto es, como subsunción real del proceso de trabajo en el que no hay vínculo con el pasado en términos productivos ni parasitarios. La sociedad estadounidense no ensayó ninguna forma de sincretismo porque no tenía intención de conservar algo preexistente.

El tercer elemento, vinculado al anterior, es la débil o nula demarcación de límites que Gramsci llama “morales”. En Estados Unidos no hay estructuras productivas previas, organización comunitaria ni formas del intercambio no mercantiles. El americanismo es el reinado absoluto del capital, que no tiene que lidiar con prácticas ni formas exteriores de reproducir la vida social.

El cuarto elemento se dirige a la novedad que trae consigo el americanismo como una civilización marcada por la heterogeneidad en su composición nacional, es decir, en la “mezcla” de “culturas-razas” y en la persistencia de problemas de integración de la población negra. Esta característica es destacada por Gramsci como un elemento que pone el énfasis no en la extensión de la forma europea de la civilización, sino en una recreación novedosa.

¹⁶ *Ibid.*, p. 66.

¹⁷ *Ibid.*, p. 63.

¹⁸ *Ibid.*, p. 66.

Amén de ello, es preciso señalar que esta diferenciación cultural no se encontraba anclada en escisiones territoriales significativas, como en el caso de la propia Italia. Dicho de otra forma, las diferenciaciones étnicas no conllevaban conflictos territoriales de peso.

Gramsci ahondó, sobre todo, en el primero de dichos elementos. Aquel que remite al mundo productivo, la fábrica y el trabajador. No es casual que dedicara numerosas notas a reflexionar sobre el impacto del prohibicionismo, el control de la vida sexual de los trabajadores y el puritanismo, entendido como un renacimiento de la moralidad de los pioneros.¹⁹ Según su opinión, lo que estaba en cuestión era la creación de un trabajador cuyo rasgo distintivo era haber nacido en una cultura en la que se buscaba eliminar todo instinto que impidiera su adaptación a las nuevas formas del trabajo. Su evaluación deja abierta la cuestión:

Los elementos de “nueva cultura” y de “nuevo modo de vida” que hoy se difunden bajo la etiqueta americana, son apenas los primeros intentos a trompicones, debidos no ya a un “orden” que nace de unos nuevos cimientos, que todavía no se han formado, sino a la iniciativa superficial y simiesca de los elementos que empiezan a sentirse socialmente eliminados de la operación (todavía destructiva y disolutiva) de los nuevos cimientos en formación.²⁰

Es posible señalar algunos límites práctico-epistemológicos en la formulación gramsciana. El primero, es que el italiano —debido a su encierro— no podía conocer de primera mano las nuevas prácticas del consumo que organizaban la vida norteamericana y configurarían a la postre una americanización de la civilización, por ejemplo: la preeminencia del automóvil, la industrialización de la alimentación y, aún más importante desde la óptica del autor, la disposición de un tipo de ciudad menos parasitaria y decadente que su símil europeo sin fábricas.²¹ Gramsci cita al escritor Giovanni Papini para apuntar que “la ciudad es como una hoguera que ilumina porque quema lo que fue creado lejos de ella y a veces contra ella”.²² Una segunda limitante de la proposición del autor es que su punto de vista —tanto político como cultural— se

¹⁹ *Ibid.*, p. 83.

²⁰ *Ibid.*, p. 93.

²¹ *Ibid.*, p. 63.

²² Citado en *ibid.*, p. 70.

mantiene arraigado a Europa. Como otros socialistas de su época, considera que en el viejo continente se decidirá el destino político global, al mantenerse abierta la posibilidad de victoria o derrota de la revolución. Resulta sorprendente la ausencia de una reflexión en un registro geopolítico, a pesar de que Gramsci era un agudo observador de la escala espacial, como lo corrobora su análisis sobre la disputa entre el norte y el sur de Italia.

A pesar de estos linderos, es evidente que Gramsci tuvo una intuición muy provechosa con respecto al papel de Estados Unidos, pues constató que se estaba dando “una transformación de las bases materiales de la civilización europea, lo que a largo plazo (y no muy largo, porque en el periodo actual todo es más rápido que en los periodos pasados) conducirá a una transformación de la forma de civilización existente y al obligado nacimiento de una nueva civilización”.²³ Además de ello, la sola pregunta que lanza sobre la posibilidad de la creación de una nueva civilización es ya una anomalía en la forma dominante del planteamiento marxista de la época.

Las ideas aportadas por Gramsci sitúan al enfoque civilizacional en concordancia con la transformación de las formas de producción y de consumo. Según su perspectiva, el americanismo se presenta en muchos sentidos como una continuación de la cultura europea, aunque detecta novedades que décadas más tarde transformaron el rostro de la civilización occidental. Por todo esto, el autor señala las resistencias italianas al modelo taylorista y a la cultura americana en general debido a una “aversión decidida a todas aquellas formas de civilización que no se ajusten a la nuestra o que la estropeen, no siendo digeribles”.²⁴ La amplitud del uso de la noción de civilización llega en Gramsci al punto de retomar la idea del escritor italiano Mino Maccari, quien señala la existencia de una “civilización italiana” en peligro de ser corrompida por las importaciones modernistas.²⁵

²³ *Ibid.*, p. 93.

²⁴ Citado en *ibid.*, p. 70.

²⁵ Citado en *ibid.*, p. 71.

RESUMEN

El enfoque civilizacional generalmente ha sido asociado a las obras de Oswald Spengler (1880-1936) y Arnold Toynbee (1889-1975), autores que plantearon sus consideraciones sobre el futuro de Occidente. Otros intelectuales convergieron en el interés por pensar la formación, desarrollo y crisis de las civilizaciones. Éste fue el caso del marxista italiano Antonio Gramsci (1891-1937), quien reflexionó sobre un nuevo horizonte histórico asociado al ascenso económico de Estados Unidos, en el cruce de la transformación del capitalismo y la emergencia del fascismo. Su perspectiva ahondó en la consideración de la cultura y el trabajo como ejes centrales del recambio civilizacional. El texto traza las líneas que dieron forma a las cavilaciones carcelarias de Gramsci sobre esta cuestión.

Palabras clave: Estados Unidos, capitalismo, marxismo, fordismo, enfoque civilizacional.

ABSTRACT

The civilizational approach has been mostly associated with the work of both Oswald Spengler (1880-1936) and Arnold Toynbee (1889-1975). These authors stated their thoughts on the West's future. Other intellectuals shared their interest in comprehending civilization's creation, development and crisis. This was the case of the Italian Marxist Antonio Gramsci (1891-1937), who contemplated a new horizon linked to the United States' economical rise at the transformation crossroad of Capitalism and the emergence of Fascism. His approach deepened the importance of culture and work as fundamental to civilizational replacement. The text traces the lines that shaped Gramsci's thoughts while jailed about this precise matter.

Key words: United States, Capitalism, Marxism, Fordism, civilizational approach.